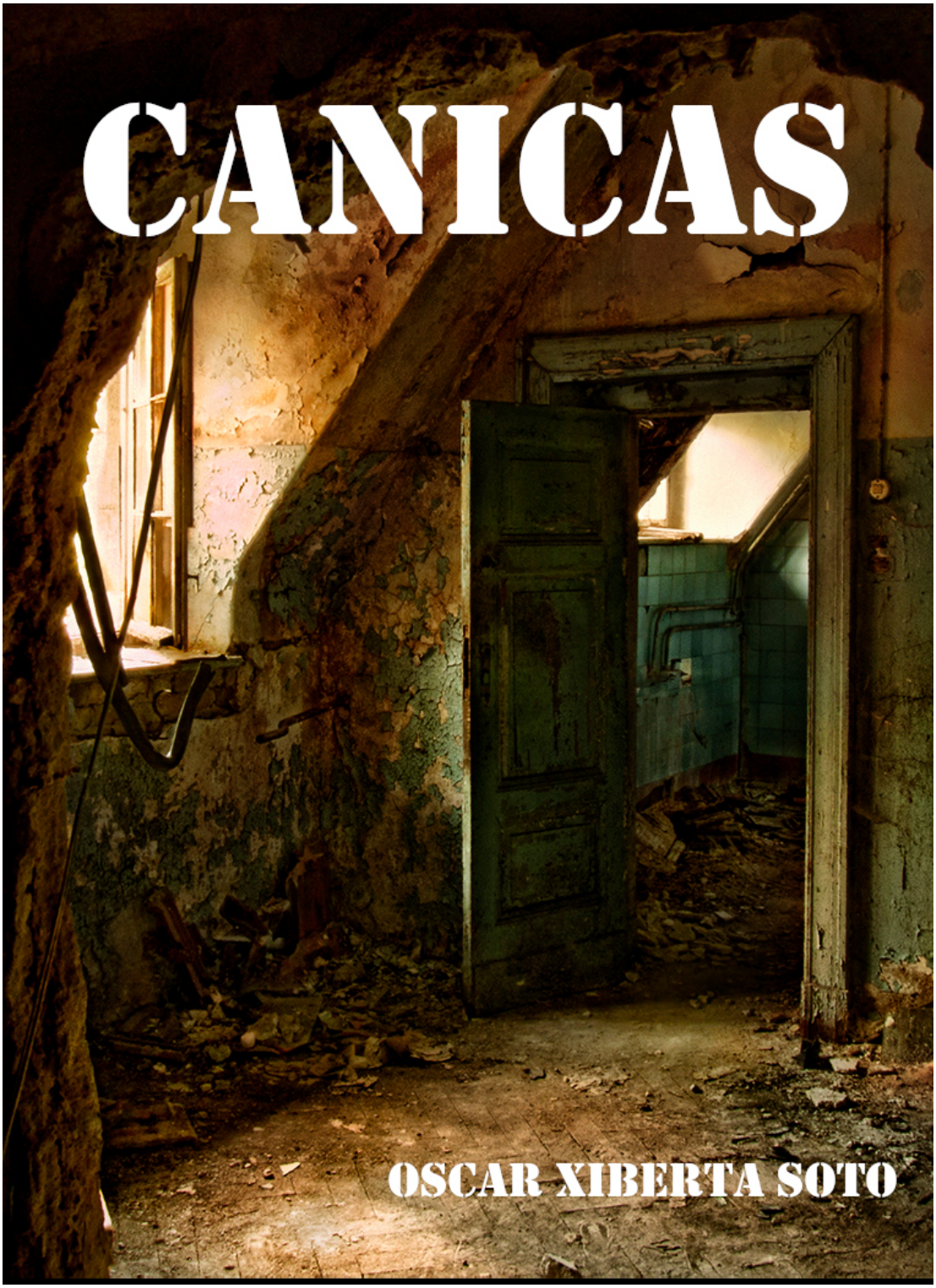
Canicas

Oscar Xiberta Soto



Capítulo 1

—¿Dónde las has conseguido? —Alberto, el rubiales del labio partido, abrió los ojos con asombro. Su amigo Litos había volcado un polvoriento saquito y las esferas más extrañas que había visto en su vida habían rodado y se habían agrupado con un original tintineo sobre su palma.

—No os lo puedo decir. —Litos hizo el ademán de cerrar la mano, pero pensándolo mejor, sus dedos se volvieron a estirar permitiendo a sus cinco tesoros disfrutar de unos momentos más de admiración. Alberto deseaba censurarle ese amago con la mirada, pero sus ojos estaban presos de aquellas canicas. Al igual que los de Francisco.

Todos sabían que Litos era un poco especial con sus canicas. Los chavales del pueblo habían tenido que cambiar las reglas para jugar con él porque no accedía a apostarlas nunca. De hecho, no apostaba a nada, ni al tute cabrón, ni al cinquillo, y mucho menos al mentiroso, en el que Alberto era un depredador sin escrúpulos. No le había importado perder un puñado de gominolas jugando al póker, mientras fumaba regalices de palo y apuraba mostos con hielo, pero con las canicas siempre había sido inflexible. Si tenía que apostarlas, no jugaba.

El resto de los niños se habían mostrado muy indignados al principio, pero poco a poco lo habían ido asumiendo, y al final sus boliches fueron de nuevo aceptados en los corrillos, previo pacto de total amnistía.

Además, nunca lo habían confesado de labios afuera, pero en su interior sabían que las canicas de Litos no eran como las suyas.

El mocoso de las gafas de pasta había empezado con esto de las canicas como casi todos los niños: con una difícil decisión. Con su propina de la semana en la mano, y dos caminos posibles en el mostrador del kiosko. A la izquierda, las cajas de chuches, a la derecha, las de juegos y

colecciones. Al final de ese día, en uno de esos corrillos, Litos abrió su primera bolsa de canicas. Y una intensa decepción le oprimió el pecho.

Los demás niños no parecieron notar nada, pero él se había sentido profundamente engañado. Todas las bolas que hicieron tap tap ese día sobre la tierra aplastada eran iguales. Sí, cada una con una combinación diferente de colores en el interior de sus tripas acristaladas, pero en el fondo, todas iguales. No había ninguna con alma o con historia.

Pero ¿qué esperaba? nada con historia había salido jamás de una bolsa de plástico comprada en un kiosko.

Empezó a jugar con ellas. Ganó algunas, perdió otras, pero para él no era más que eso, un juego de niños, le daba igual ganar o perder. Hasta que un día jugó contra *La Canica que Nunca Perdía*.

Su dueño la sacó a la palestra después de una mala racha, como último recurso. Litos jugó contra ella, y ganó. El niño que acababa de perderla le miró como si le hubieran arrebatado las vacaciones de verano, como si le hubieran dicho que la Navidad iba a venir sin regalos. Entonces Litos comprendió que esa canica, de alguna manera, era diferente, y que ninguna canica que su anterior dueño pudiera ganar desde entonces iba a poder llenar el vacío que había dejado *La Canica que Nunca Perdía*.

Ahí empezó todo.

Ese día, de vuelta en casa al ponerse el sol, mientras llegaban a él desde la cocina aquellos ecos de porcelana que marcaban la cuenta atrás para la cena, guardó sus canicas donde siempre, en una esquina anónima del cajón de su escritorio, pero se detuvo a examinar *La Canica que Nunca Perdía*.

Era diferente de las otras, no cabía duda. Era negra, pero reflejaba la luz con destellos azules. Sería del color de los agujeros negros, pensó, si los agujeros negros tuvieran color. Hasta era más pesada de lo normal. Como si en verdad pudiera absorber la gravedad del espacio a su alrededor.

Pero lo más importante de esa canica no era su aspecto, ni su tacto, era que tenía una *historia*. La historia de una derrota imposible, la historia de un elegido con gafas de pasta. O quizá la historia de la decadencia de un poder que había colmado de victorias a padres y a hijos, pero que finalmente el tiempo había convertido en un escaparate de sí mismo, dejando una carcasa ajada tan sólo válida para relatar glorias pasadas a todo aquel que quisiera escuchar, como aquellas rocas de los museos.

En ese momento Litos supo que no quería que le dijeran nunca que habían cancelado las vacaciones de verano, o que no iba a tener regalos en

Navidad.

Sin dudarlo un segundo, vació de viejas postales una caja de hojalata, y colocó en su interior, con ceremonioso respeto, a *La Canica que Nunca Perdía*.

Capítulo 2

Desde aquel día, su caja de hojalata fue albergando un tesoro tras otro. Canicas que nunca jugaba en los corrillos, tan solo abría la tapa de vez en cuando y las dejaba que le hablaran.

La Canica que Nunca Perdía era la más callada, con ese aura de dignidad por saberse madre de todas las demás. Luego estaba, por ejemplo, *La Canica que Había Perdido un Brazo*, sobre la que otra canica había jugado de manera tan brutal que incluso la había arrancado un fragmento. Su dueño la jugaba siempre porque ansiaba deshacerse de ella, pero Litos comprendía su auténtico valor, por eso cuando la ganó no vaciló en guardarla en la caja de hojalata; Luego estaba *La Canica Anormalmente Grande*, demasiado pesada y voluminosa para poder jugar bien con ella, Litos perdió cuatro de sus canicas normales para ganarla, y una vez hecho esto, la colocó en su lugar de honor donde nunca nadie más la despreciaría por su tamaño; También estaba *La Canica Ciega*, que era totalmente transparente pero con un curioso reflejo opaco, exactamente igual al de la pupila del gato muerto que una vez había encontrado en el corral de sus abuelos. Cada vez que depositaba esa canica en su palma, veía a ese gatito, rígido, con el pelo recio, la boca entreabierta, los labios retraídos para siempre en la instantánea de su último maullido, y la pupila clavada en él, mirándole fijamente sin verle; También *La Canica de Madera*, probablemente de algún antepasado suyo, que encontró perdida en el cajón de una destartalada mesa olvidada en el desván, junto con dos barajas de gruesos y amarillentos naipes de *Heraclio Fournier*. Pensó en su antepasado dejando ahí la canica. ¿Lo habría hecho de niño, esperando volver a jugar algún día cuando las labores del campo y el cuidado de los animales le dejaran espacio para ello? ¿O, por el contrario, lo habría hecho ya de anciano, recordando sus mejores partidas, a sus amigos de la infancia, y sintiendo una vez más ese aroma a tierra prensada y a pan de hogaza con tocino que se respiraba en los corrillos?

Conforme su colección fue creciendo se fue dando cuenta de algo: jugar con sus canicas normales no le despertaba ya el mismo interés. Se habían convertido en simples peones sin alma, en mercenarios anónimos. Ya no disfrutaba de la misma manera cuando los lanzaba a la batalla. Todos luchaban igual, como una horda de enemigos de bajo rango en un videojuego, vestidos igual, moviéndose igual, abalanzándose descerebrados sobre el *Player 1*.

Pero Litos quería ser el *Player 1*.

Por otro lado, sentía que esos individuos que levantaban la vista hacia él cada vez que abría la caja de hojalata merecían un homenaje más noble que ese. El respeto que les mostraba al protegerlos de los peligros del mundo exterior y escuchar sus historias una y otra vez ya no era

suficiente. Esas piezas habían nacido para la batalla, y a eso habían dedicado su vida. Ya les llegaría el descanso cuando él comenzara el instituto, cuando empezara a pensar en chicas y a afeitarse la pelusilla del bigote. Entonces tomó una decisión, y se presentó ante sus amigos con su caja de hojalata y una exigencia de amnistía.

La historia ya es sabida. Al final lo consiguió, y los viejos púgiles volvieron a botar sobre el cuadrilátero una vez más.

El resto de los niños jamás lo reconocería, pero sentían un placer extraño al jugar contra las canicas de la caja de hojalata de Litos. Sin duda eran especiales. La aleatoriedad de las trayectorias y los rebotes de *La Canica que Había Perdido un Brazo*, el caos que provocaba cada colisión con L*a Canica Anormalmente Grande*, aquel ojo muerto de *La Canica Ciega* que les hechizaba con su mirada acuosa cada vez que detenía su rodar, el aura de leyenda que envolvía a *La Canica que Nunca Perdía*. Incluso *La Canica de Madera*, tan liviana, tan frágil, tan imposible de controlar. Todas ellas aportaban una nueva dimensión a cada contienda. Todas ellas tenían una historia que contar.

Pero la historia de las cinco extrañas esferas que tenía ahora en la mano era diferente, y dudaba si debía compartirla o no con sus dos amigos.

Capítulo 3

Las características cejas pobladas y muy negras de Francisco continuaban alzadas desde que las canicas se habían revelado sobre la palma de Litos, y fue él quien expresó en palabras lo que los tres estaban pensando.

—Esas no son canicas normales.

En efecto, su aspecto no era fácil de describir, ni siquiera para Litos, que las había mirado y admirado miles de veces antes de mostrárselas a sus amigos, pero si hubiera tenido que darlas un nombre, las habría llamado: *Tierra*, *Aire*, *Agua*, *Fuego*, y *Sangre*.

Las palabras de Francisco pesaron sobre ellos un rato más, hasta que Alberto rompió el silencio.

—¿Pero vamos a jugar con ellas o no?

—Eh... sí, sí. Claro. Busquemos un sitio.

Por instinto, los tres amigos escogieron un lugar apartado, cerca de la presa, ocultos al resto de los niños entre los árboles. Este juego no lo querían compartir. No querían que nadie se les uniera ni les hiciera preguntas. Usando unos palos y sus propias manos, arrancaron cepellones de hierba para desnudar la tierra, y luego la apisonaron con sus suelas y un ladrillo roto. Una vez delimitado el campo de batalla, usaron de nuevo sus palos para escarbar el hoyo donde irían a parar los vencedores.

El corrillo secreto estaba formado.

Litos exhibió esas curiosas canicas una vez más en su palma y miró a sus amigos. Alberto escogió a *Fuego* y *Tierra*, Francisco, *Agua* y *Aire*. Litos jugaría con *Sangre*.

El juego dio comienzo. Desde una distancia prudencial se lanzaron las cinco por turnos hacia el hoyo. Los niños notaron un tacto inesperado en su uña al tirar, como cosquillas trepando por los nervios de su muñeca, y habrían jurado a sus madres que podían sentir en su interior el impacto de cada esfera contra el suelo.

Tierra consiguió colarse en el pozo, y al hacerlo, Alberto sintió esa sensación en el estómago que le sorprendía cada vez que su padre cogía un cambio de rasante demasiado rápido con el coche. Interrogó a sus amigos con la mirada. Ellos no lo habían sentido, pero pudo leer en sus ojos que también estaban percibiendo cosas extrañas, quizá cada uno de una manera diferente. Él y Francisco se volvieron hacia Litos, pero éste no

tenía respuestas que ofrecerles.

Al cabo de un rato, Alberto se decidió a reanudar el juego. Cogió a *Tierra* con cuidado y se la colocó entre el índice y la uña del pulgar, listo para atacar a otra canica. De nuevo esas cosquillas. La bola que estaba más cerca del hoyo era *Sangre*. Alberto se posicionó para tirar. Antes de hacerlo miró a Litos, que le sostuvo la mirada, nervioso, y acabó asintiendo. Entonces liberó el proyectil con el muelle de su entrenado pulgar.

Un petardo estalló en la cabeza de los niños, y cayeron a tierra como si ésta se hubiera sacudido con violencia. Tardaron unos segundos en saber dónde estaban, y sus cuerpos se revolvían en el suelo como boxeadores recién noqueados intentando incorporarse, agarrando las cuerdas de un ring que no estaba allí. Poco a poco, sus cabezas dejaron de dar vueltas y se pudieron erguir lo suficiente para compartir su estupefacción por lo que acababa de pasar.

Capítulo 4

Litos no podía seguir guardándose para sí el origen de esas canicas, y no tardó en ceder a la insistencia de sus amigos. Les contó que provenían de la casa abandonada detrás de la de los asturianos.

—¿Esa casa de tierra que está ya medio caída?

—Esa misma.

Sin adultos en la costa no se oyó ningún reproche. En lugar de eso, los niños exigieron más información. ¿Cómo entraste? ¿Dónde estaban las canicas? ¿Viste algo extraño?

—No, no, no. Entré a plena luz del día. Estaban esparcidas por el suelo de una sala. Las cogí y me fui corriendo. No vi nada.

—¿No encontraste nada raro en la casa?

—Qué va. Es una casa normal. Bueno... tenía una especie de plataforma hecha de tablas, atada con cuerdas a unas poleas que colgaban del techo, algo así como un montacargas. Eso fue lo que usé como ascensor para subir al primer piso. No encontré escaleras.

—Tiene que haber algo que no hayas visto. —Francisco estaba empezando a sentirse atraído por el lado intelectual del misterio—. Algo que explique el origen de esas canicas.

—No vi nada.

—Tiene que haberlo. Libros, apuntes, dibujos... una pista. Algo.

—¡Es una casa, pues claro que hay libros, pero no me iba a parar a mirar a ver si tenían algún *Mortadelo*! Salí de ahí pitando. —Litos empezaba a molestarse por el duro interrogatorio de Francisco.

—Ya, pero puede haber otro tipo de libros, o planos, o fotos y nombres de la gente que vivía allí y que podamos buscar por Internet. Podría haber un cajón o una caja con más canicas como esas, y dentro podría haber otros objetos relacionados que podrían llevarnos a otras pistas. O quizá las canicas sean sólo piezas que se hayan caído de algún tipo de aparato que andaba cerca...

—¿Es fácil entrar? —Alberto interrumpió la conversación abriendo una osada posibilidad.

—Claro. La puerta estaba tan podrida que no me costó nada tirarla a patadas, y además está al otro lado de un huerto tapiado. Nadie nos vería entrar.

La tez blanca de Francisco se volvió aún más blanca.

—No pretenderéis ir allí ahora...

El sol de la sobremesa invitaba a la aventura, y su curiosidad ya estaba más que excitada.

Por toda respuesta, Litos y Alberto guardaron las canicas en el interior del saquito, sintiendo ese peculiar hormigueo al tocarlas, y echaron a andar hacia la casa de los asturianos.

Capítulo 5

—¿Pero, estáis *tolays* o qué? ¿Qué narices vais a hacer allí? ¡Alguien nos va a ver y nos la vamos a cargar! Además, ya está medio caída ¡Se nos podría derrumbar encima!

—No vengas si no quieres —dijo Alberto sin volver la vista, sabiendo perfectamente que la decisión ya estaba tomada.

Al cabo de un breve paseo, tras cruzar la carretera, la presa, y un campo de trigo, los tres niños se plantaron detrás de la casa de los asturianos y traspasaron la tapia que daba entrada a la huerta de la casa abandonada. Un coro de insectos, pájaros, y perros lejanos componía el murmullo del verano, y un fuerte sol, que aún tardaría varias horas en batirse en retirada, cubría las ruinas de aquella casa con un manto de placidez, eliminando sombras, temores, y el rastro de cualquier fantasma.

—Me sigue sin parecer buena idea. —Francisco seguía de cerca a sus amigos, mirando hacia todos lados, a través de ese pequeño pero espeso bosque de maleza, esquivando ortigas, zarzas y malvarreales, que habían crecido sin control durante quién sabe cuánto tiempo.

Como Litos ya les había dicho, la puerta de entrada estaba rota, o más bien desencajada. Encima de ella, la pared de adobe se había derrumbado casi en su totalidad, dejando al descubierto toda una habitación en el piso de arriba y ese rudimentario ascensor de poleas del que les había hablado el gafotas. Los niños observaron la escena con atención antes de entrar. No percibían ninguna amenaza ni en sus salones vacíos, ni en sus suelos y muebles tupidos de polvo y arena, ni en sus corredores profusamente iluminados por la luz apacible de una típica tarde de estío.

Pero a Francisco, esa aparente calma y normalidad seguía sin invitarle a traspasar los límites de aquellos goznes desencajados.

—Os digo que no deberíamos estar aquí.

—Fran, tío, si vas a estar todo el rato dando el coñazo, vete al parque y nos esperas allí.

—Vale, vale, vale... —Francisco asumió el reproche y permaneció junto a sus amigos, dando por comenzada la partida de exploración.

Litos lideraba la marcha, por ser el único que conocía el terreno, y Francisco cerraba la línea, con el cuerpo arqueado, recelando de cada telaraña, de cada grieta en las paredes, y de cada huella en el suelo. Pasaron por un estrecho recibidor al que alguien había despojado de cuadros y fotografías, aunque unos rectángulos pálidos delataban sus

antiguos emplazamientos. Al final de aquel recibidor, doblando una esquina, volvieron a sentir el aire libre. La amplia cocina que se mostraba ante ellos acababa en el muro parcialmente desprendido que habían visto desde fuera. Los niños registraron con sigilo todos los cajones y compartimentos que encontraron, llamándose la atención entre ellos de vez en cuando para consultar la importancia de alguno de sus pequeños descubrimientos, pero no hallaron nada que arrojara luz sobre el origen o las extrañas cualidades de las canicas.

Francisco parecía haberse calmado un poco, o quizá su mente, excitada en la tarea de buscar pistas y elaborar teorías, desplazaba cualquier otro pensamiento parásito. Litos consideraba inútil seguir intentando extraer alguna información de valor de la cocina, así que agarró una de las cuerdas del montacargas, y al hacerlo, todos los pájaros e insectos de los alrededores guardaron súbito silencio.

Los tres niños se quedaron inmóviles. No había sido una coincidencia. Litos soltó su mano de la correa, muy despacio, pero aquel silencio sepulcral no se quebró. Francisco miraba a su alrededor buscando una explicación lógica, pero lo único que descubrió, repartidos por los árboles y los tejados, fue a los pajarillos que antes habían acompañado joviales y cantarines su pequeña expedición, mantenerse ahora inmóviles y mudos, con las canicas negras e inexpresivas de sus ojos fijas en ellos.

La respiración de Francisco empezó a acelerarse por momentos, y sólo le tomó unos segundos venirse abajo.

—Esto ya es demasiado. Ahí os quedáis, yo me piro de aquí.

A pesar de sus escasas habilidades atléticas, el niño se encaramó al hueco de la pared y saltó a la boscosa huerta evitando así aquel corredor sin cuadros ni fotos.

—No me busquéis en el parque. Me voy para casa. —Y desapareció jadeando por entre los hierbajos, sin volver la vista atrás, como si alguien o algo le pisara los talones.

La expedición continuó, a pesar de la baja sufrida.

Capítulo 6

Alberto y el recién desertado Francisco ya habían comprobado durante su registro lo que Litos les había resumido en su historia: no había ninguna escalera que llevara al piso de arriba. Aquel rudimentario montacargas y la fuerza de sus brazos era la única vía para seguir avanzando. Se montaron en las tablas y tiraron de la cuerda que elevaba aquel extraño columpio. Con poco esfuerzo llegaron arriba.

A jurar por los escombros, en algún momento de la historia de esa casa se había elevado un tabique donde acababa el trayecto del montacargas, pero en el lugar donde debería estar esa pared, se abría antes ellos un amplio salón, que era la parte de la casa donde la decadencia del abandono había hecho más mella. Gran parte del tejado de ese salón estaba desprendido, al igual que toda la pared exterior, parte del suelo, y del consiguiente muro del piso inferior que pertenecía a la cocina que ya habían registrado. Los niños se asomaron por esa gran oquedad como supervivientes de un bombardeo aéreo. Desde ahí, la huerta abandonada parecía la casilla de un juego de tablero. Perfecta, cuadrada, y coloreada. El agradable sol de la tarde incidía de pleno en el interior de la sala, haciendo brillar como purpurina dorada los remolinos de polvo que levantaban sus pasos.

Los niños observaron con satisfacción que las ventanas de las viviendas cercanas estaban orientadas de tal manera que no se podía advertir su presencia.

—Aquí encontré las canicas. Esparcidas por el suelo.

—Pues vamos a buscar.

Comenzaron a revolver, aunque en ese salón ya no quedaban apenas muebles que pudieran registrar. Movieron tablones, descubrieron lonas, escarbaron escombros, y levantaron tal polvareda que tuvieron que abandonar la estancia entre toses y lágrimas, cruzando un dintel vacío que daba a un pasillo interior que aún no habían explorado.

Ese pasillo era la primera parte de la casa que encontraban propiamente a oscuras.

Cuando acabaron de toser, estornudar, y escupir todo el polvo que habían inhalado, levantaron la vista hacia aquel pasillo en tinieblas. El sol se recortaba en un rectángulo sobre ellos a través de la oquedad de la puerta, calentando su ropa y su piel como un aura protectora contra el frío de lo desconocido.

No habían advertido el poder que ejercía el sol sobre sus ánimos hasta ahora. El pasillo no era ni mucho menos largo, y la mitad de él aún se podía considerar envuelto en una generosa penumbra. Aun así, ninguno de los niños se decidía a posar un solo pie fuera del rectángulo de luz. Aquel estrecho corredor de decadentes paredes enyesadas se iba perdiendo poco a poco en una negrura ponzoñosa, aunque no total. Aún se podía vislumbrar la pared que marcaba el final del pasillo, y a su lateral, otro dintel desnudo que daba paso a lo que parecía ser una habitación contigua al amplio salón. Pero aquella otra puerta no proyectaba ningún rectángulo de luz.

Litos se sorprendió colocando un pie fuera del amparo protector del sol. Alberto sintió el reflejo de detenerle, pero finalmente se contuvo, él también ansiaba saber lo que había más adelante.

Capítulo 7

Los pasos de Litos eran lentos y apenas quebraban el silencio. Con mano insegura, sacó la llave de casa de su bolsillo, y enfocó hacia adelante un pequeño llavero linterna. Esa luz no era como la del sol, no le hacía sentirse protegido, y dejaba aún más patente la decrépita realidad ante sus ojos. Las paredes exhibían sus melanomas de humedad, la lepra de sus grietas, y los parásitos de sus esquinas como una advertencia: “Sigue avanzando y te pudrirás con nosotras". Pero Litos no podía evitarlo, como tampoco podía Alberto detrás de él.

De repente, la figura de Litos quedó congelada, y los temblores de su resuello se aceleraron. Seguía con la mirada al frente, pero su mano descendió hacia el bolsillo de sus pantalones cortos, de donde extrajo con incredulidad el saquito de canicas. El corazón de los niños retumbaba en sus gargantas. Delante de ellos, iluminado por el brillo sin vida del llavero-linterna de Litos, el saquito bullía de actividad en su interior, las canicas golpeaban la tela con frenesí y parecían pelearse entre ellas con ese tintineo opaco tan familiar.

Percibieron un leve siseo procedente de la habitación oscura. Las canicas pararon de batallar, y Alberto asió por reflejo la camiseta de Litos.

De nuevo ese sonido. Era como si alguien barriera el suelo con una de esas escobas antiguas de paja. De las que llevaban las brujas.

Otra vez, más cerca.

Cuando esa especie de deformidad que recordaba vagamente a una mano apareció agarrando la jamba, el cuerpo de Litos se estremeció de tal manera que el llavero se le escapó de los dedos, devolviéndoles a la penumbra. El cuerpo que vieron aparecer a continuación de esa horrible mano era imposible, aquello no podía ser un ser vivo. Su alargada estructura se tambaleaba a cada paso que arrastraba con dramática lentitud. Parecía un boceto de hojarasca, de alargadas y secas hojas de maíz apelmazadas unas sobre otras esbozando una figura de piernas cortas y brazos largos, acabados en cuatro dedos aún más largos que se arrastraban, como inanimados, por el suelo. Los niños estaban convencidos de que la cabeza que coronaba aquella forma tenía su vista clavada en ellos, aunque lo hiciera sin ojos, ni boca, ni ningún asomo de facciones; ese rudimentario hatillo de hojas de maíz en forma de pelota tenía que estar muerto, no albergaba carne ni sangre, al igual que el resto de su blasfemo cuerpo. Sin embargo, de alguna forma, los miraba, y seguía avanzando hacia ellos, barriendo con sus miembros de paja los escombros del pasillo, sin corazón, sin alma, como un gólem olvidado,

hecho de materiales pobres.

Los niños veían acercarse al hombre de maíz, pero eran incapaces de moverse. Sus pies se hincaban en el azulejo y sus articulaciones se habían convertido en cemento. Los dedos de Alberto seguían crispados sobre la camiseta de Litos. El hombre de maíz llegó a su altura, y los niños levantaron hacia él dos muecas contrahechas regadas por lágrimas de terror, con sus tiernas mentes a un corto paso de quebrarse como ramitas.

Entonces, las resecas hojas de esos cuatro grandes dedos se alzaron con delicadeza y envolvieron la mejilla de Litos, como si ese ser imposible estuviera contemplando a su propio hijo. Por un momento, los niños se olvidaron de respirar. Alberto liberó la presa sobre la camiseta de su amigo, y gracias a eso su cuerpo no fue arrastrado junto al de Litos cuando el hombre de maíz aplastó la cabeza del gafotas de un único golpe contra la pared. Como si no hubiera sido más que un globo de agua.

Los histéricos sollozos de Alberto sorbiendo los mocos sobre su labio partido acompañaron al hombre de maíz mientras barría el suelo de vuelta a la habitación oscura, salpicando el polvo blanco de los escombros con gotitas densas y oscuras que se escurrían de esos largos dedos.

Algo húmedo y caliente se deslizaba por la mejilla de Alberto. También lo notaba en su camiseta y en su brazo. No se atrevía a dirigir la mirada a los restos de su amigo, ni a la mancha enorme de la pared por la cual también resbalaban grumos de diferentes texturas. En el marco del colapso nervioso que estaba sufriendo, sus ojos se acabaron posando en el saquito de canicas.

Litos había jugado con *Sangre*.

Una vez más se preguntó qué clase de objetos eran aquellos, y, antes siquiera de tomar conciencia de ello, ya había cogido el saquito y lo observaba, temblando, intentando expulsar de su mente ese olor a carnicería.

De pronto, alguien volvió a barrer el suelo en la habitación oscura, y una mano de cuatro dedos enormes, todavía goteando, se agarró a la jamba de la puerta.

Capítulo 8

Esta vez Alberto se sacudió la parálisis, y en su lugar le invadió el frenesí del pánico. Su cuerpo estaba tan rígido que, aunque capaz de moverse, le respondía con estertores y sacudidas. Cayó hacia atrás y pataleó mientras veía acercarse de nuevo la figura del hombre de maíz. Gritó, lloró, suplicó... pero el hombre de maíz seguía, con su ritmo lento, caminando hacia él. A pesar de sus movimientos erráticos y confusos, Alberto había conseguido atravesar la puerta del salón y ahora los talones le resbalaban sobre escombros bañados por el sol. El hombre de maíz apareció poco después por la misma puerta. El mágico efecto del sol parecía no ejercer ningún poder sobre él, y continuó avanzando. En su loca pero ineficaz huida, el niño fregaba los azulejos del suelo con el lomo empapado en sudor frío, y el hombre de maíz volvía a cubrirlos de polvo segundos más tarde. Alberto no se atrevía a volver la espalda a esa criatura y siguió retorciéndose boca arriba como una viscosa lombriz mientras expulsaba alaridos de desesperación y demencia.

Pero el hombre de maíz, inmune a todo espectáculo, seguía avanzando en pos de él.

Pese a sus torpes maniobras, Alberto había conseguido llegar al borde del salón, donde les había dejado el montacargas a él y al malogrado de su amigo. Antes de arrojarse sobre sus tablas, vislumbró algo tras las piernas de ramas resecas que le perseguían. Su cuerpo mojado, al arrastrarse por el suelo, había dejado al descubierto parte de los restos de un dibujo sobre las baldosas. El fugaz vistazo que pudo dar antes de sentir el vértigo de la caída tampoco le aclaró ningún enigma. El rastro de su sudor delataba la existencia de un gran círculo y un complicado trazado de líneas, figuras geométricas, y unos símbolos que recordaban a letras y números escritos en un abecedario que parecía la invención de algún niño. Ahí era donde Litos les había dicho que había encontrado las canicas.

Cinco canicas. *Tierra*, *Aire*, *Agua*, *Fuego*, y *Sangre*.

El impacto contra el piso de abajo le dejó aturdido unos segundos, pero pareció ser lo que necesitaba para recuperar el control de sí mismo. Desde allí alzó los ojos y observó al hombre de maíz, que le miraba con su hatillo de hojas muertas, asomado al borde de ese soleado salón en ruinas. Entonces, sin ninguna explicación, dio media vuelta y se alejó hacia su habitación oscura.

Alberto escuchó aquellos pies barriendo lentamente su retirada, cada vez más lejos, hasta que su sonido se apagó por completo.

Los pájaros y los insectos reanudaron su banal charloteo, y ese

sentimiento apacible de las tardes de verano regresó con ellos.

El niño se incorporó, y cruzó aquella huerta boscosa por última vez, todavía apretando el puño sobre el saquito de canicas. Esa ya familiar vibración eléctrica le iba trepando por las falanges y la muñeca mientras escapaba hacia su casa cubierto de tierra mojada.

Como en una demolición controlada, algo se había venido abajo en la mente del niño, y nuevos y extraños materiales comenzaron a dar forma a aquel tierno tejido, esculpiéndolo en una dirección antinatural y maldita.

Guardaría esas esferas. Sí, eso es, encontraría algún lugar de honor para ellas. Protegería con su propia vida, si era necesario, aquel hormigueo que le parasitaba el sistema nervioso.

Y nadie, jamás, sabría la historia de esas canicas.

FIN